

## ESPACIOS PARA LA MEMORIA: NARRATIVAS SOBRE LA VIOLENCIA

Andrés Zarankin<sup>1</sup>  
Melisa A. Salerno<sup>2</sup>

### RESUMEN

En este trabajo centramos nuestro interés en diversos “espacios para la memoria” surgidos como recordatorios de un pasado violento. Entre ellos consideramos los sitios donde se da cuenta de la antigua división de Alemania (representados por el tratamiento brindado a los restos del Muro de Berlín); los espacios para la memoria del bombardeo atómico sobre Japón (incluyendo los museos que refieren al tema en Hiroshima y Estados Unidos); los sitios para la reflexión sobre la última dictadura militar en Argentina (contando los ex centros clandestinos de detención, parques, plazoletas, monolitos, etc. en Buenos Aires). Nuestro objetivo reside en discutir la diversidad contenida en los proyectos ensayados. Para ello proponemos abordar la materialidad de los espacios construidos, las ideas y sensaciones a los que apelan, y las narrativas que pretenden construir. El enfoque permite comprender las tensiones que comúnmente involucra la construcción de la memoria en el presente.

**Palabras clave:** espaços para la memoria; violencia; Arqueología

### RESUMO

Neste artigo concentramos o nosso interesse em vários "espaço para a memória" surgidos como recordações de um passado violento. Dentre eles, podemos considerar os sítios onde se percebe a antiga divisão da Alemanha (representado pelo tratamento dado aos restos do Muro de Berlim); espaços de memória do bombardeio atômico sobre o Japão (incluindo o endereço dos museus sobre esse tema em Hiroshima e nos Estados Unidos); sítios para refletir sobre a última ditadura militar na Argentina (contando os antigos centros de detenção clandestinos, parques, praças, monolitos, etc, em Buenos Aires). Nosso objetivo é discutir a diversidade contida nos projetos analisados. Propomo-nos abordar a relevância dos espaços construídos, idéias e sentimentos e as narrativas que buscam construir. Uma abordagem que permite a compreensão das tensões que comumente envolvem a construção da memória no presente.

**Palavras-chave:** espaços para a memória; violência; Arqueologia

### ABSTRACT

In this article we focus our interest in various "spaces for memory" which arise as memories of a violent past. Among them we consider the places where being perceives the former

<sup>1</sup> Departamento de Sociologia e Antropologia, Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG), Brasil. zarankin@yahoo.com.

<sup>2</sup> Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. melisa\_salerno@yahoo.com.ar.

division of Germany (represented by treatment of the remains of the Berlin Wall); memory space of the atomic bombing of Japan (including museums on this topic in Hiroshima and in the United States); sites to reflect on the last military dictatorship in Argentina (counting the former clandestine detention centers, parks, plazas, monoliths, etc., in Buenos Aires). Our goal is to discuss the diversity contained in the analyzed projects. We propose to address the relevance of built spaces, ideas and feelings and narratives that seek to build. An approach that allows the understanding of the tensions that commonly involve the construction of memory in the present.

**Keywords:** spaces for memory; violence; Archeology

## Introducción

Actualmente los sitios reconocidos como espacios para la memoria se hacen presentes en los contextos culturales más diversos. Tal como lo demuestran los lugares abordados en este trabajo, pueden rastrearse en escenarios americanos, europeos, asiáticos, etc. Desde hace algunos años, el concepto de espacio para la memoria ha logrado adquirir una cierta trascendencia pública. El término no sólo se hace presente entre los especialistas en ciencias sociales (como antropólogos, sociólogos, arqueólogos, historiadores, etc.). Las personas que participan en la construcción y/o gestión de los sitios (entre los que destacan políticos, arquitectos, ingenieros, artistas, miembros de organizaciones no-gubernamentales preocupadas por los derechos humanos, etc.) comúnmente lo utilizan. Asimismo, a partir de la declaratoria oficial de algunos lugares, el concepto ha comenzado a ser adoptado por el lenguaje cotidiano de gran parte de la ciudadanía.

El concepto de espacio para la memoria fue acuñado hace unas pocas décadas. En 1984 Pierre Nora señaló que los "*lieux de mémoire*" (lugares de memoria) abarcaban desde "*lo material y concreto, posiblemente localizado geográficamente, hasta lo más abstracto e intelectualmente construido*" (NORA, 1984 en GRAVES, 2010: 1). Desde su perspectiva, las localizaciones discretas de la memoria eran una suerte de respuesta brindada por la sociedad moderna al retroceso de una tradición antes presente en todos los ámbitos de la vida social. Los lugares no sólo incluyen distintos tipos de espacios (como paisajes, museos, memoriales), sino también archivos, objetos, entre otros. Con el paso del tiempo, el uso de la expresión "lugares para la memoria" comenzó a restringirse cada vez más a localizaciones espaciales concretas (HUYSEN, 2003). De esta manera, se generalizó el empleo de términos como "sitios o espacios para la memoria".

Los espacios para la memoria representan un esfuerzo por evitar olvidar ciertos eventos y personas (CARRIER, 2005). Los actores y circunstancias que se ponen en juego varían de un contexto a otro. Sin embargo, suelen expresar las tensiones, preocupaciones y sensibilidades presentes en el mundo social. La posmodernidad abrió posibilidades para que nuevos sectores tuvieran participación en la construcción de la historia (FUNARI *et al.*, 2009). Entre éstos se encontraron los grupos oprimidos, aquéllos que habrían sido sometidos a condiciones de subyugación y silenciamiento (WOLF, 1982). Los sitios para la memoria pueden transformarse en herramientas útiles para que ciertas historias tradicionalmente ignoradas, o que se tema puedan ser olvidadas, adquieran visibilidad.

Actualmente, gran parte de los espacios para la memoria propone reflexionar sobre las consecuencias de la represión, las matanzas y los genocidios. Asimismo, tienen el propósito de conmemorar a las víctimas y servir como lugares de recogimiento para los familiares y la sociedad en general. En el caso de Alemania, la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias son temas centrales en la construcción de los espacios. Así hay espacios dedicados al recuerdo del horror del Holocausto y de la vida durante la separación de Alemania. En Japón, los efectos de la misma guerra también son considerados; especialmente en lo que concierne al bombardeo atómico sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Finalmente, en Argentina la definición de espacio para la memoria se encuentra ligada a los sitios que proponen reflexionar sobre la última dictadura militar y los desaparecidos.

Inicialmente, gran parte de los espacios para la memoria surge de manera espontánea, como resultado de acciones no planificadas por el aparato estatal. En esos casos, los lugares representan un intento por parte de ciertos grupos para que sus causas sean escuchadas y cuenten con reconocimiento a nivel social. Los espacios espontáneos pueden conformar ámbitos de resistencia: intentos por modelar una memoria distinta a la oficial. En este sentido, pueden pensarse como contra-monumentos que nacen en los intersticios de una política que ignora ciertas historias (GILLOCH, 1997). La participación de los estados en las políticas de la memoria forma parte de un intento por responder al crecimiento y consolidación de las demandas. Esta participación puede materializarse en la declaratoria oficial de los espacios, e incluir su creación y/o gestión. De esta forma, algunos lugares pueden adquirir expresión duradera, ser protegidos por fuerza de ley, y terminar integrándose a una nueva historia oficial de los sucesos (SALERNO y ZARANKIN, 2012).

Desde hace algunos años, los arqueólogos han comenzado a participar en el estudio, conformación y gestión de los espacios para la memoria (MOSHENSKA, 2007; SCHOFIELD, 2009; ZARANKIN y SALERNO, 2012; entre otros). En este trabajo

proponemos emplear un abordaje arqueológico; esto es, una perspectiva interesada por el rol de la materialidad en el mundo social. El objetivo reside en discutir la diversidad contenida en diversos proyectos ensayados para la reflexión sobre un pasado cargado de violencia y la conmemoración de sus víctimas. Así intentamos analizar la materialidad de los espacios construidos, las ideas y sensaciones a los que apelan, y las narrativas que intentan construir. En la primera sección presentamos algunas ideas importantes para el trabajo. De esta manera, referimos a las formas en que la materialidad posibilita los vínculos entre espacio, memoria y narrativa. En la segunda sección presentamos los casos considerados: los sitios donde se da cuenta de la división de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial; los espacios para la memoria del bombardeo atómico sobre Japón; los sitios para la reflexión sobre la última dictadura militar en Argentina. Finalmente, en las “Palabras finales” efectuamos un esfuerzo por comprender las tensiones que involucra la construcción de la memoria en el presente (ya sea en el caso de los proyectos destinados a la memoria de un mismo evento, como en aquéllos orientados a la memoria de eventos diferentes).

### **Espacio, memoria y narrativa desde una perspectiva arqueológica**

Los espacios para la memoria tienen el potencial de modelar y actualizar la memoria de los sucesos históricos, apelando a la construcción de narrativas sobre el pasado. Partiendo de este presupuesto, en esta sección creemos oportuno explorar los vínculos entre espacio, memoria y narrativa desde una mirada puesta en la materialidad. Así se vuelven relevantes algunas preguntas: ¿qué queremos decir con memoria en el marco del presente trabajo?; ¿a qué tipo de memoria estamos haciendo referencia?; ¿cuál es el rol del mundo material en la definición de la memoria?; ¿por qué puede ser importante la materialidad de los espacios en esa definición?; ¿cómo es posible que la materialidad de los espacios estimule la creación de narrativas sobre el pasado?

La noción de memoria ha sido extensamente debatida a lo largo del tiempo (HALBWACHS, 1992 [1950]; CONNERTON, 1989; RICOEUR, 2004; entre otros). La memoria necesita ser entendida como un proceso, directamente ligado con la acción. La misma refiere a la forma en que los seres humanos nos involucramos con el pasado, e intentamos darle sentido desde el presente. La memoria no puede ofrecer una visión acabada del pasado. Por el contrario, se compone de una serie de fragmentos a partir de los cuales se genera un recorte de lo sucedido. En este sentido, es posible señalar que la memoria mantiene una relación estrecha con el olvido. Este vínculo no se encuentra

definido por oposición; muy por el contrario, supone un estado de tensión permanente (BUCHLI y LUCAS, 2001). Sólo se recuerdan ciertos eventos en la medida que otros pueden ser olvidados. Pero también es verdad que ciertos eventos que se creían olvidados, pueden comenzar a ser recordados (y viceversa) –en tanto las fronteras entre memoria y olvido son siempre inestables, cambiantes, dinámicas.

La memoria puede cobrar diversas expresiones. Aquí creemos relevante referir a la memoria autobiográfica e histórica, a la memoria individual y colectiva. La memoria autobiográfica tiene por objeto retrotraernos a nuestra propia historia de vida. De acuerdo a Connerton (1989), lo que él llama “memoria personal” produce una ruptura que nos extraña de lo vivido. La memoria autobiográfica puede reforzar vínculos entre personas que experimentaron los mismos eventos (HALBWACHS, 1992 [1950]). Pero también puede perderse si no se mantienen esos lazos. A diferencia de la memoria autobiográfica, la memoria histórica incluye recuerdos asociados a las historias de vida de otras personas. Según Marianne Hirsch (1997), lo que ella denomina “posmemorias” no son más que los recuerdos de generaciones previas (las que protagonizaron los acontecimientos). Éstos terminan siendo narrados por sus descendientes u otras personas, quienes comunican –sin excluir sus propias interpretaciones– lo que en algún momento les fue transmitido. En este sentido, Sarlo (2005) sostiene que las posmemorias son recuerdos producidos por otros, que finalmente terminan generando una historia de las historias.

La memoria individual da cuenta de una matriz de recuerdos que define el vínculo que una persona en particular establece con el pasado (ya sea, a través de memorias autobiográficas, memorias históricas, etc). Mientras tanto, la memoria colectiva define una serie de recuerdos que tienen existencia más allá del individuo, y que se sitúan al nivel de los grupos. Las memorias individuales evidentemente mantienen un lazo profundo con las colectivas. De acuerdo a Halbwachs (1992 [1950]), la memoria individual se encuentra condicionada por la pertenencia social. Los grupos pueden producir en los individuos memorias de eventos que nunca experimentaron de manera directa (tal como explicamos anteriormente para el caso de las posmemorias). Asimismo, el mundo social puede promover que los individuos recuerden cierto tipo de eventos y olviden otros, y les otorguen valores diferenciales. En este sentido, algunos autores consideran que es imposible que los individuos recuerden de forma organizada fuera de lo social (OLICK, 2007). Aunque también es cierto que el fenómeno del recuerdo sólo puede producirse en los individuos.

La memoria necesita la ayuda de trazos para mantenerse activa. Un trazo es una huella que permite reconstruir una situación pasada (históricamente entendida mediante la metáfora de la impresión que deja un sello sobre la cera). Para algunos, la huella se define

como una presencia de la ausencia. Los trazos de la memoria pueden constituirse de forma más o menos material o inmaterial. Entre las huellas, Ricoeur (2004) menciona las corticales (que dan cuenta de los cambios que alguna situación produce en la estructura del cerebro), las psíquicas (que refieren a la impresión que ciertos eventos suponen en la psique del individuo), las escritas (que refieren al testimonio escrito, surgido de la experiencia en el pasado). A esta enumeración podrían agregarse las huellas materiales propiamente dichas. Desde hace varias décadas, la arqueología es definida como el estudio del mundo social a través de su dimensión material (HODDER, 1982; TILLEY, 1989). La materialidad resulta relevante, en tanto participa de forma activa y dinámica en la red de relaciones sociales, y se encuentra cargada de diversos sentidos (BEAUDRY et al., 1991; LITTLE y SHACKEL, 1992).

Los aspectos materiales e inmateriales de la memoria se encuentran íntimamente relacionados. En Ricoeur (2004), las huellas corticales y escritas poseen una materialidad concreta (plasmada en la dimensión orgánica del individuo, o en el soporte del texto). Probablemente resulta más difícil identificar esa materialidad en las huellas psíquicas. Sin embargo, creemos importante señalar que todas las huellas dan cuenta del encuentro que las personas mantuvieron con el mundo –un mundo que difícilmente pueda ser pensado en ausencia de la materialidad. Las huellas materiales propiamente dichas, incluyendo los objetos, cuerpos, lugares, etc., testimonian sobre eventos pasados. Usualmente se señala que si las posibilidades de recordar se limitaran a nuestras habilidades subjetivas, la extensión de nuestra memoria sería mucho menor que la que evidentemente poseemos (OLIVEIRA, 2000; YATES, 2007). Algunos especialistas entienden que la materialidad de los objetos, los lugares, etc. constituye un registro extra-somático de la memoria (ALMEIDA, 2005). Llegado este punto, podemos señalar que los objetos son únicamente extra-somáticos desde el punto de vista que transgreden las fronteras del cuerpo físico. Sin embargo, no son externos desde el momento que pueden ser corporizados –esto es, desde el momento que nos familiarizamos con ellos a través de nuestro contacto cotidiano (BOURDIEU, 1999; MERLEAU-PONTY, 1993 [1945]).

La materialidad nos involucra con el pasado de maneras diversas. A continuación brindamos tan sólo algunos ejemplos. Primero: algunas expresiones del mundo material evocan situaciones específicas sin que hayan sido necesariamente creadas o vinculadas de forma explícita con ese propósito (KWINT, 1999). En esos casos, la sola presencia de ciertas cualidades sensoriales nos retrotrae a momentos determinados en que pudimos experimentar rasgos semejantes. Segundo: diversas expresiones del mundo material pueden llegar a ser efectivamente definidas como actos conmemorativos (SHACKEL, 2001;

WILLIAMS, 2003). Así se volverían presentes situaciones que se espera sean recordadas. Tercero: algunas expresiones del mundo material sólo poseen significado para ciertas personas o grupos reducidos. Tal es el caso de los artículos de posesión personal o familiar (HIRSCH, 1997), de los que suele decirse que condensan historias personales (álbumes de fotos, cartas, prendas, accesorios, entre otros). Cuarto: otras expresiones dan cuenta de eventos socialmente relevantes para un mayor número de personas. Tal es el caso de los monumentos históricos –entre los que evidentemente figuran los espacios para la memoria (Nelson y Olin 2003; Williams 2006).

Francis Yates (2007) analizó la capacidad de las personas para memorizar de modo efectivo ciertos sucesos. De esta manera, destacó el impacto (por su abundancia, intensidad y duración) de lo que él denominó “imágenes agentes”. La agencia de las imágenes reside precisamente en la capacidad de transformarse en huellas (que luego pueden ser empleadas en la reconstrucción de un evento pasado). Las imágenes agentes son resultado de la experiencia sensorial (en otras palabras, del encuentro con un mundo que evidentemente tiene una dimensión material). Por este motivo, estimulan emociones de forma más simple que cualquier otro tipo de datos. Las emociones (amor, odio, alegría, angustia, etc.) poseen un rol privilegiado en la constitución de la subjetividad, asegurando la perdurabilidad de los recuerdos (al menos, cuando no son reprimidos) (NARVÁEZ, 2006). En el mundo social, no todos los sentidos son igualmente valorados (STEWART, 1999). Por ejemplo, la vista resulta privilegiada entre los occidentales (especialmente, en la modernidad) (THOMAS, 2001). Ello no excluye la participación de otros sentidos (como el olfato, el sonido, el gusto) en la configuración de la memoria (YATES, 2007).

Probablemente porque las “imágenes” de los sucesos pasados se encuentran emplazadas en lugares específicos, el espacio desempeña un papel importante en la definición de la memoria. El espacio aquí referido no puede ser pensado como un contenedor. Se trata de un espacio definido por su propia materialidad; por la interacción de las personas, las cosas, las estructuras, etc. que lo componen y lo definen. La materialidad de los lugares puede, eventualmente, transformarse en una serie de huellas de la memoria. Creemos importante señalar que ciertos espacios (especialmente los de carácter público) tienen un impacto significativo en el desarrollo y consolidación de las memorias colectivas. Ello se debe a que pueden ser visitados, recorridos, habitados por grupos de personas relativamente más extensos que las que participan en los espacios privados.

Las huellas materiales, tal como sucede en el caso de ciertos lugares, despiertan experiencias y emociones a las que pueden ser asociadas sentidos. Estos sentidos pueden ser posteriormente ordenados y conectados en una secuencia narrativa –que no difiere

necesariamente de la estructura de un relato (CRITES, 1997; POTTEIGER y PURINTON, 1998; RICOEUR, 2004). El concepto de narrativa resulta relevante en los estudios sobre memoria. Ello se debe a que la narrativa implica la capacidad humana de representar la compleja experiencia del tiempo (RICOEUR, 1984). A través de la narrativa no sólo podemos construir sucesiones lineales de eventos; también podemos definir un presente, un pasado y un futuro. Las narrativas elaboradas no suponen simples enumeraciones de sucesos pasados. Por el contrario, se encuentran fundamentadas en la acción (POTTEIGER y PURINTON, 1998). Es precisamente a través de la acción que se vuelven relevantes los actores sociales y sus motivaciones.

### **La materialidad de la memoria sobre diversos sucesos violentos del pasado reciente**

Como ya mencionamos, gran parte de los sitios reconocidos como espacios para la memoria se encuentran dedicados a la reflexión sobre sucesos violentos (especialmente de un pasado reciente) y la conmemoración de sus víctimas. Una de las preguntas que surge al respecto es si, a pesar de la relativa globalización del fenómeno, existe diversidad en la materialización de los espacios, los recursos a los que se apela y las formas en que se construyen narrativas (ya sea en el caso de los proyectos destinados a la memoria de un mismo evento, como en aquéllos orientados a la memoria de eventos diferentes). En esta sección abordamos los sitios donde se da cuenta de la división de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial (específicamente en Berlín); los espacios para la memoria del bombardeo atómico sobre Japón (tanto en Hiroshima como en Washington); los sitios para la reflexión sobre la última dictadura militar en Argentina (en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). Algunas cuestiones que consideramos relevante abordar son: evento o personas que se pretende conmemorar, espacios diseñados para tal fin, estructuras y rasgos que conforman la materialidad de los sitios, ideas y sensaciones que proponen estimular, etc.

### **El recuerdo de la división de Alemania**

En 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, las principales potencias que enfrentaron a Alemania (los Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido) ocuparon y dividieron el país. Este procedimiento procuró repartir el territorio vencido, controlar a la población alemana, y garantizar que el antiguo régimen fascista no volvería a asumir el poder. Se había sostenido que la ocupación sería temporaria, hasta que pudiera abrirse paso a un régimen de características democráticas y pacíficas. Sin embargo, con el correr

del tiempo se comenzó a volver evidente que las potencias vencedoras no podían ponerse de acuerdo sobre una política de ocupación común (TURNER, 1987). Esto era resultado de la rivalidad ideológica de dos sistemas políticos contrapuestos (socialismo vs. capitalismo) en el marco de la denominada Guerra Fría (un estado de tensión permanente sin declaración oficial de guerra).

La división del país en la República Federal y la República Democrática de Alemania hizo que muchos familiares y amigos quedaran separados. Al mismo tiempo, esta situación abrió paso a una ideología que promovía ver a los del "otro lado" como enemigos. Berlín, la capital, también fue dividida después de la caída del nazismo (Figura 1). El famoso Muro no fue erigido hasta 1961 (KEMPE, 2011). La construcción acabó por convertirse en una pared de hormigón de entre 3.5 y 4 metros de altura, con un interior formado por cables de acero para aumentar su resistencia (Figura 2). Acompañando al Muro se creó la llamada "Franja de la Muerte", formada por un foso, una alambrada, una carretera por la que circulaban constantemente vehículos militares, sistemas de alarma, armas automáticas, torres de vigilancia y patrullas acompañadas por perros las 24 horas del día. Durante sus años de existencia, hubo innumerables intentos de cruzar las fronteras a través de túneles, ventanas cercanas, etc. Algunas personas pudieron salir; otras fueron encarceladas o asesinadas.

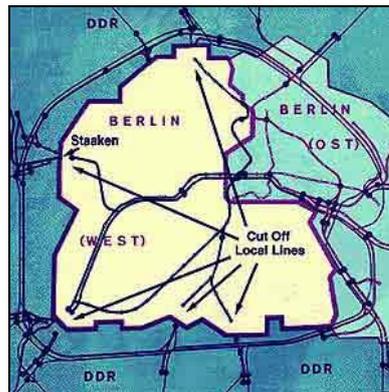


Figura 1: División de Berlín tras la Segunda Guerra Mundial.



Figura 2: El Muro de Berlín en épocas de su funcionamiento.

La reunificación de Alemania fue consecuencia de la caída y posterior desaparición de la Unión Soviética, sumado a las crecientes exigencias de libertad de circulación en la ex República Democrática de Alemania (TAYLOR, 2006). El Muro de Berlín cayó entre el 9 y 10 de noviembre de 1989, como parte de lo que los alemanes llamaron “*die Wende*” (“El Cambio”). El ritmo de la reunificación marcó el compás del desmantelamiento. A principios de 1990, la ex República Democrática de Alemania comenzó a demoler la frontera de hormigón. En los meses subsiguientes, desapareció casi por completo la construcción más imponente de Berlín. El Muro se había transformado en un obstáculo que debía ser destruido (Figura 3). La ciudad tenía poco interés en preservar sus huellas, dado que la mayor parte de las historias en torno al lugar eran sinónimo de sufrimiento.

A medida que la destrucción del Muro avanzaba, diversos grupos comenzaron a levantar sus voces a favor de preservar una parte como testimonio de lo sucedido (aunque fuera doloroso). Surgió así una compleja discusión sobre cómo mantener lo que aún restaba. Tres opciones fueron implementadas a lo largo del tiempo.



Figura 3: Inmediatamente después de la caída del Muro en 1989, la pared se transformó en un obstáculo que debía ser destruido.

La primera posibilidad consistía en dejar trechos del Muro tal como estaba, de forma que se degradara y desapareciera naturalmente (Figura 4). No habría ningún tipo de intervención. Esta alternativa fue implementada por los empleados del centro de documentación “Topografía del Terror”, logrando “preservar” un segmento que posteriormente fue declarado patrimonio histórico en 1990. La propuesta modela una narrativa en que la memoria se ve sometida a los efectos del tiempo y el desgaste. La transformación de la materialidad podría tener un rol significativo. A través de diversas generaciones (sobre todo de las que no protagonizaron los eventos), las implicancias de lo que fue el Muro irían desapareciendo, así como la “ruina” perdería su tamaño, espesura, monumentalidad hasta sólo ser un conjunto de escombros. De esta manera, el pasado podría ser superado por el futuro, y la herida podría cicatrizar.



Figura 4: Frente a la necesidad social de preservar parte del Muro, algunos sectores propusieron que la construcción se dejara tal como estaba y degradara naturalmente.

Como segunda alternativa, el Senado alemán hizo marcar a lo largo del antiguo recorrido de la construcción, una doble línea de adoquines y placas de hierro fundido, con la inscripción “Muro de Berlín 1961–1989” (Figura 5). Estas marcas permitirían seguir a pie las huellas de la pared y las instalaciones fronterizas. La medida fue complementada con algunas otras. Primero: treinta placas informativas que definen la “milla histórica” dentro de los límites de la ciudad. Segundo: una serie de indicadores azules que marcan la ruta del Muro. Tercero: diez pilares que dan cuenta de puntos clave de la historia de la pared. Cuarto: una exposición al aire libre en el Checkpoint Charlie. Creemos importante señalar que la segunda alternativa es un avance del final esperado para la primera propuesta. La materialidad de la línea de adoquines transmite la impresión de una cicatriz curada. Se encuentra ahí para recordar algo que perdura en el presente como una marca visible de lo que fue, pero ya no está más.



Figura 5: El Senado alemán propuso marcar el antiguo recorrido del Muro mediante una doble línea de adoquines y una serie de indicadores como placas, pilares, etc.

Finalmente, como tercera opción, un grupo de artistas de todo el mundo se reunió para expresar sus reacciones y sensaciones ante la caída del Muro. Así surgió la East Side Gallery. Creada en 1990, la Galería es un conjunto de decenas de pinturas que cubren un tramo de 800 metros de la construcción (Figura 6). Las obras representan la euforia y esperanzas de un futuro mejor. Esta tercera posibilidad se apropia de la materialidad de algo siniestro para transformarlo en algo distinto, algo que tiene belleza. Varias intervenciones artísticas urbanas, como los grafitis, parten de la posibilidad de reescribir la superficie de paredes y muros como forma de resistencia. Esos actos de reescritura suelen ser “ilegales”, en tanto no se encuentran amparados por el sistema. Las pinturas del muro, al contrario, tienen respaldo institucional como parte de una política “oficial” que también posee apoyo social. Lo que fue un espacio de opresión, un límite que separaba, pasó a convertirse en un lugar donde el arte crea libertad e invita a reflexionar a través de múltiples miradas.



Figura 6: Una serie de artistas de todo el mundo intervino 800 metros del Muro, dando origen a la East Side Gallery.

Indudablemente, las tres opciones generan reacciones diferentes entre el público. Por ejemplo, en la East Side Gallery es frecuente observar reacciones de alegría, placer, diálogo, etc.. Mientras tanto, el muro desnudo y deteriorado de la primera alternativa contrasta con imágenes de seriedad y silencio. En última instancia, la huella del muro que forma parte de la segunda alternativa parece ser invisible para la mayoría de las personas, con excepción de los turistas que incluso evitan pisar la línea de adoquines.

### El recuerdo del bombardeo atómico sobre Hiroshima

Hiroshima es una ciudad japonesa de importante desarrollo industrial. El 6 de agosto de 1945, el bombardero B-29 de la Fuerza Aérea norteamericana (más conocido como Enola Gay) lanzó la primera bomba atómica utilizada en combate durante la Segunda Guerra Mundial. Como resultado, murieron 140.000 personas durante la explosión y miles más por heridas o radiación (ISHIKAWA y SWAIN, 1981).

El Enola Gay ha sido completamente restaurado, y actualmente se expone en un hangar del Centro Steven F. Udvar-Hazy del Museo Nacional del Aire y el Espacio (Instituto Smithsonian, Washington) (CAMPBELL, 2005). La exhibición no presenta información sobre las consecuencias del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima (Figura 7). Estas circunstancias han generado diversas críticas que el Smithsonian se ha negado a considerar. Su justificativo es que los datos que el museo brinda sobre los aviones son

fundamentalmente técnicos y no involucran el uso específico al que eventualmente se encontraron destinados.



Figura 7: El Enola Gay, el avión que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, es exhibido en El Museo Smithsoniano del Aire y el Espacio sin referencias a la masacre.

En 1955, Japón inauguró el Museo de la Paz de Hiroshima, planeado por el arquitecto Kenzō Tange como espacio de memoria en el Parque de la Paz (Figura 8). El museo reúne objetos y narraciones de las propias víctimas sobre el incidente (PELLEGRINO, 2010). Algunas de las piezas tienen el potencial de mostrar la brutalidad y el horror de una experiencia atómica. Así resulta posible mencionar un reloj que quedó detenido a la hora de la explosión, un conjunto de botellas derretidas, un triciclo de hierro retorcido, maniquíes de mujeres, niños y hombres con sus ropas rasgadas y cuerpos heridos. El lugar promueve sentimientos de empatía frente a la huella del sufrimiento de las víctimas. El museo no sólo expone la historia de la catástrofe, sino que también aporta información sobre las armas atómicas en el mundo.



Figura 8: El Museo de la Paz de Hiroshima reúne objetos, imágenes y narraciones de las víctimas del bombardeo que impactan y conmueven a los visitantes.

El Museo Smithsonian del Aire y el Espacio, y el Museo de la Paz de Hiroshima son interesantes como forma de mostrar dos visiones contrapuestas sobre una de las mayores tragedias en la historia de la humanidad. De un lado, un simple avión antiguo, sin mayor información sobre el bombardeo. Para la historia oficial de Estados Unidos, los ataques atómicos representan el mal menor que permitió salvar muchas vidas (al contribuir a poner fin a la Segunda Guerra Mundial). Del otro lado, el horror explícito de una matanza indiscriminada y cruenta. La luminosidad y el brillo metálico, casi higiénico, de la máquina que lanzó la bomba son parte del lenguaje que se contrapone a la oscuridad, la destrucción, la suciedad de la muerte.

### El recuerdo de la última dictadura militar en Argentina

La última dictadura militar en Argentina se extendió entre 1976 y 1983, en un contexto global y regional dominado por la polarización de los proyectos políticos. El auto-denominado “Proceso de Reorganización Nacional” procuró aniquilar toda forma de resistencia, fundamentándose en la necesidad de proteger los valores de la civilización “cristiana y occidental”. Su principal herramienta fue la desaparición forzada (incluyendo la persecución, secuestro, cautiverio, tortura y muerte de quienes eran considerados enemigos). Esta política arrojó resultados trágicos. La Comisión Nacional sobre la

Desaparición de Personas registró más de 9.000 denuncias de desaparición (CONADEP, 2005 [1984]). Mientras tanto, diversos organismos de derechos humanos como la Asociación Madres de Plaza de Mayo, y el Servicio de Paz y Justicia refirieron a más de 30.000 (Madres de Plaza de Mayo, 2005). Las víctimas incluyeron personas de todas las edades y profesiones.

Con el retorno de la democracia, la sociedad demandó conocer más sobre lo sucedido. Se inició un proceso ligado a la construcción de una historia de la represión y sus víctimas que experimentó altibajos a lo largo del tiempo. Los arqueólogos tuvieron un rol importante en la búsqueda de los desaparecidos y el análisis de los centros de tortura y exterminio (DORETTI y FONDEBRIDER, 2001; ZARANKIN y NIRO, 2006; DI VRUNO, 2012; entre otros) (Figura 9). Desde hace aproximadamente diez años, las políticas estatales favorecen la designación, creación y/o gestión de espacios para la memoria a lo largo y ancho del país. Buenos Aires es la ciudad que más espacios de este tipo posee, y es en este lugar donde planeamos centrar nuestra atención. Los espacios para la memoria de Buenos Aires comprenden un conjunto de propuestas diversas (ZARANKIN y SALERNO, 2012). Algunos sitios surgieron durante la última dictadura y posteriormente fueron resignificados, como los ex centros clandestinos de detención. Algunos otros surgieron durante el período constitucional, como parques y otros lugares incluyendo plazoletas, placas, monolitos, calles, etc.



Figura 9: Los arqueólogos tuvieron un papel importante en la reconstrucción de la historia de la dictadura y los desaparecidos.

La antigua lógica de los centros clandestinos ofreció un factor importante para contra-argumentar la historia que la dictadura intentó forjar (Figura 10). Por un lado, los centros se encontraban ampliamente distribuidos en la ciudad. Esto facilitaba la siniestra realización de los “operativos”, el traslado de los detenidos, etc. En la actualidad, la localización de los sitios permite transformarlos en espacios de reflexión para un importante número de personas. Por otra parte, con el objetivo de mantener su clandestinidad, los centros mostraban fachadas que ocultaban su verdadero propósito (CONADEP, 2005 [1984]). Así empleaban estructuras pre-existentes y acondicionaban sus interiores a las nuevas funciones. La recuperación convierte los ex centros en símbolos del terrorismo de estado y su estrategia sádica de exterminio/negación. Para que los ciudadanos puedan identificar estos espacios y reconocer los sentidos que las autoridades apoyan, se volvió necesario descubrir su secrecía.

En la mayor parte de los casos, los ex centros reconocidos como espacios para la memoria fueron resignificados de manera exitosa. A nivel externo, los sitios demandan atención de diversas maneras. Primero: su presencia se encuentra señalizada mediante carteles y placas que explicitan su antigua función y nuevo rol. Segundo: sus paredes están acompañadas de manifestaciones artísticas o mensajes dejados por sobrevivientes y familiares de las víctimas. El espacio interno (o lo que resta de él) ha sido conservado como testimonio de lo que allí sucedía. En la actualidad, la mayor parte de los ex centros ofrece visitas guiadas. El objetivo es despertar en los visitantes experiencias y sentimientos que no siempre pueden ser traducidos en palabras: reencontrarse con su propio pasado; identificarse (al menos en cierto punto) con las víctimas y cobrar consciencia sobre los peligros de la represión. En los ex centros también se desarrollan otras actividades que procuran reunir a la comunidad.



Figura 10: En Buenos Aires, los ex centros clandestinos de detención funcionan como espacios para la memoria.

En Buenos Aires existen algunos parques destinados al recuerdo de la dictadura y sus víctimas. Aquí referimos al llamado Parque de la Memoria (Figura 11). El lugar se encuentra alejado del centro de la ciudad, y no resulta extremadamente llamativo desde el exterior. Sin embargo, ofrece una experiencia particular para quienes lo recorren. El Parque posee un recorrido zigzagueante que representa la herida provocada por el terrorismo de estado sobre el tejido social (Comisión pro Monumento, 2007). El Monumento a las Víctimas se encuentra inspirado en el modelo americano de memoriales (HASS, 1998). Nos referimos al empleo de muros en los que se indica el nombre de la víctima. Las paredes aún presentan placas vacías, listas para agregar nuevos nombres a medida que se extiendan las denuncias. El monumento se transforma en un espacio en que las paredes, con sus miles de placas y nombres, parecen increíblemente extensas y transmiten la angustia de percibir las verdaderas dimensiones del genocidio (TAPPATÁ DE VALDEZ, 2003).



Figura 11: En la ciudad también se localiza el Parque de la Memoria, que contiene el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado.

La ciudad también alberga espacios para la memoria de pequeñas dimensiones (Figura 12). Los mismos se encuentran ampliamente distribuidos, aunque la mayor parte de ellos se concentra en dos barrios próximos pero contrastantes desde un punto de vista socioeconómico. En el caso de Puerto Madero, el barrio más nuevo de la ciudad, elegido por grandes compañías y ciudadanos acomodados, se localizan calles, un bulevar, canteros y estatuas que conmemoran a los desaparecidos. Mientras tanto, en San Telmo y San Cristóbal, áreas más postegradas, se construyeron plazoletas en los “espacios remanentes de la autopista” con un mismo propósito (Ley N° 1128/2003). En ambos casos, los espacios para la memoria comparten una situación de relativa invisibilidad. Los sitios se encuentran escasamente señalizados (muchos presentan un cartel sin más referencias que un nombre o una placa perdida en un espacio de mayores dimensiones), y están a la sombra de obras de mayor destaque. Al ser difícilmente reconocibles, aportar poca información, y despertar escasas emociones y sensaciones, tienen pocas chances de construir una narrativa sobre lo sucedido durante la dictadura.



Figura 12: En los barrios de Puerto Madero, San Telmo y San Cristóbal se localizan pequeños espacios destinados a la conmemoración de las víctimas de la dictadura (como calles, canteros, plazoletas, etc).

En síntesis, los sitios surgidos durante la dictadura y aquéllos surgidos durante la democracia contienen un potencial diferente. Los primeros plantean un nexo directo con el pasado, al emplazarse en los mismos lugares donde se desarrollaron los hechos. Fueron instaurados por la fuerza de prácticas pasadas, y lograron proyectarse en el presente mediante nuevos actos. En los centros clandestinos de detención, la perversión de las detenciones ilegales y los crímenes instituidos como ejercicio común de la dictadura fueron seguidos por un proceso de denuncia, apropiación y resignificación. Los centros nos trasladan a otro tiempo, y nos enfrentan con la pregunta –a aquéllos que no vivimos directamente los hechos– de qué hubiéramos sentido de haber estado en esas circunstancias. Los espacios surgidos durante la democracia, incluyendo los parques y los espacios de pequeñas dimensiones, no son producto de actos desarrollados in situ en el pasado. Por este motivo, deben realizar otro tipo de esfuerzo para generar memoria desde el presente. Los parques parecen apuntar en este sentido. Sin embargo, algunos pequeños lugares (como los analizados para el caso de Puerto Madero, y San Telmo y San Cristóbal) aún no pueden cumplir de forma integral con el propósito planteado.

### Palabras finales

Tal como señala Sarlo (2005), los recuerdos nos asaltan en todo momento (aún cuando no queremos). Conforman una lluvia de trazos que componen un mosaico de historias. El objetivo de los lugares para la memoria es volver presentes eventos y personas del pasado mediante una materialidad que impacta las emociones y sensaciones. Es precisamente aquello que nos “toca” como personas lo que perdura en nuestra memoria y

nos invita a reflexionar. Las políticas y lugares para la memoria contribuyen a la producción y reproducción de recuerdos, en tanto entrelazan memorias personales, posmemorias, memorias individuales y colectivas. Como arqueólogos, consideramos que una memoria material de índole social (incluso políticamente legitimada) tiene el potencial de alcanzar a la ciudadanía en su conjunto, de marcar una presencia en el paisaje. Manejados de forma consciente y responsable, los sitios pueden modelar un conjunto de narrativas que permita reflexionar sobre las consecuencias de la violencia y las historias de sus víctimas.

En este artículo intentamos mostrar cómo, a pesar de ser un fenómeno global, los lugares para la memoria constituyen una realidad diversa. Sobre un mismo evento, distintas sociedades pueden construir narrativas contrapuestas. Tal es lo que sucede en el caso del bombardeo atómico sobre Hiroshima, donde las políticas para la memoria de los Estados Unidos y Japón son irreconciliables. Sobre un mismo evento, una misma sociedad también puede tener miradas distintas (expresando, entre otras cosas, los acuerdos y conflictos del presente). En Berlín se ensayaron diversas alternativas para recordar la división de Alemania tras la Segunda Guerra. Las políticas para la memoria en Buenos Aires habilitaron un sinfín de lugares para la reflexión sobre la última dictadura en Argentina. Las elecciones tomadas no sólo refuerzan visiones específicas. También actúan de maneras particulares sobre el público. Mostrar un ex centro clandestino con sus celdas y salas de tortura, o un parque para la memoria con paredes llenas de nombres de desaparecidos tiene un efecto mucho más conmovedor que un monolito o una placa que no da demasiados detalles. El potencial transformador de algunos puede ser tan fuerte y duradero, que es posible que no seamos los mismos una vez que los hayamos contemplado o recorrido.

### Agradecimientos

Agradecemos el apoyo brindado por la Universidad Federal de Minas Gerais y CONICET. Este artículo fue resultado de una presentación en el ámbito Del EREARQ de Sao Raimundo Nonato (2012), así que agradecemos a los organizadores. En especial a Lucas Braga, Geórgia Layla Holanda, Loraine Rocha, Bruno Vitor y Leylanny Oliveira. Finalmente damos gracias al Equipo Argentino de Antropología Forense por las imágenes de la Figura 9. Las ideas volcadas, sin embargo, son de nuestra exclusiva responsabilidad.

### Bibliografía

Almeida, M. 2005. **O Teatro da Memória de Giulio Camillo**. Universidade de Campinas, Campinas.

Beaudry, M., Cook, L. y S. Mrozowski. 1991. Artifacts and active voices. Material culture as social discourse. En **The Archaeology of Inequality**, compilado por R. McGuire y R. Paynter, pp. 150-191. Blackwell, London.

Bourdieu, P. 1999. **Meditaciones Pascalianas**. Editorial Anagrama, Barcelona.

Buchli, V. y G. Lucas. 2001. Between remembering and forgetting. En **Archaeologies of the Contemporary Past**, compilado por V. Buchli y G. Lucas, pp. 79-83. Routledge, London.

Campbell, R. 2005. **The Silverplate Bombers: A History and Registry of the Enola Gay and Other B-29s Configured to Carry Atomic Bombs**. McFarland & Company, Jefferson, North Carolina.

Carrier, P. 2005. **Holocaust Monuments and National Memory**. France and Germany since 1989. Berghahn Books, USA.

**Comisión pro Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado**

2007. Monumento. <http://www.parquedelamemoria.org.ar/home/index.htm> Acceso 10/07/2010.

CONADEP. 2005 [1984]. **Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas**. Eudeba, Buenos Aires.

Connerton, P. 1989. **How Societies Remember**. Cambridge University Press, Cambridge y New York.

Crites, S. 1997. The narrative quality of experience. En **Memory, Identity, Community: The Idea of Narrative in the Human Sciences**, compilado por L. Hinchman y S. Hinchman, pp. 26-50. State University of New York Press, Albany.

Di Vruno, A. 2012. La praxis arqueológica. El caso Mansión Seré. En **Historias Desaparecidas: Memoria, Arqueología y Violencia Política**, compilado por A. Zarankin, M. Salerno y M.C. Perosino, pp. 101-115. Brujas, Córdoba.

Doretti, M. y L. Fondebrider. 2001. Science and human rights: Truth, justice, reparation and reconciliation: A long way in third world countries. En **Archaeologies of the Contemporary Past**, compilado por V. Buchli y G. Lucas, pp. 138-144. Routledge, New York.

Funari, P., A. Zarankin y M. Salerno. 2009. Preface. En **Memories from Darkness. Archaeology of Repression and Resistance in Latin America**, compilado por P. Funari, A. Zarankin y M. Salerno, pp. XXI-XXIII. Springer, New York.

Graves, M. 2010. Memory and forgetting on the national periphery: Marseilles and the regicide of 1934. **Journal of Multidisciplinary International Studies 7 (1)**. Disponible en: <http://epress.lib.uts.edu.au/ojs/index.php/portal/article/viewFile/1291/1647> Acceso 01/07/2010.

Gilloch, G. 1997. **Myth and Metropolis: Walter Benjamin and the City**. Polity Press, Cambridge.

Halbwachs, M. 1992 [1950]. **On Collective Memory**. The University of Chicago Press, Chicago.

Hass, K. 1998. **Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial**. University of California Press, USA.

Hirsch, M. 1997. **Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory**. Harvard University Press, Cambridge.

Hodder, I. 1982. **Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Culture**. Cambridge University Press, London.

Huysen, A. 2003. **Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory**. Stanford University Press, Stanford.

Ishikawa, E. y D. Swain. 1981. **Hiroshima and Nagasaki: The Physical, Medical, and Social Effects of the Atomic Bombings**. Basic Books, New York.

Kempe, F. 2011. **Berlin 1961**. Penguin Group, USA.

Kwint, M. 1999. Introduction: The physical past. En **Material Memories**, compilado por M. Kwint, Ch. Breward y J. Aynsley, pp- 1-16. Berg, Oxford y New Cork.

**Ley N° 1128/2003 (Declaración espacios verdes remanentes de la Autopista 25 de Mayo)**. Sanción: 09/10/2003.  
Promulgación: de hecho del 07/11/2003. Publicación: BOCBA N° 1818 del 14/11/2003.  
Disponible en: <http://www.cedom.gov.ar/es/legislacion/normas/leyes/ley1128.html>. Acceso 20/11/2012.

Little, B. and P. Shackel. 1992. **Meanings and uses of material culture: Introduction**. *Historical Archaeology* 26 (3):1-4.

Madres de Plaza de Mayo. 2005. **La Dictadura, la Impunidad y la Compleja Trama de Complicidades, 1976-2005**. Asociación Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires.

Merleau-Ponty, M. 1993 [1945]. **Fenomenología de la percepción**. Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires.

Moshenska, G. 2007. **Oral history in historical archaeology: excavating sites of memory**. *Oral History* 35(1): 91-7.

Narváz, R. 2006. **Embodiment, collective memory and time**. *Body & Society* 12 (3): 51-73.

Nelson, R. y M. Olin. 2003. Introduction. En **Monuments and Memory; Made and Remade**, edited by R. Nelson and M. Olin, pp. 1-10. The University of Chicago Press, USA.

Olick, J. 2007. Social Memory. En **International Encyclopedia of the Social Sciences**, pp. 7-8. Macmillan, New York.

Oliveira, M. 2000. **Imagens do Inferno: Lugar da memória, Palavras de Dante**. Tesis de doctorado. Universidade de Campinas, Faculdade de Educação, Campinas.

Pellegrino, Ch. 2010. **Last Train from Hiroshima: The Survivors Look Back**. Henry Holt and Co., New York.

Potteiger, M. y J. Purinton. 1998. **Landscape Narratives. Design Practices for Telling Stories**. Wiley & Sons, New York.

Ricoeur, P. 1984. **Time and Narrative**. University of Chicago Press, Chicago.

Ricoeur, P. 2004. **Memory, History, Forgetting**. University of Chicago Press, London.

Salerno, M. y A. Zarankin. 2012. Shaping the spaces of memory in Buenos Aires: the re-writing of official history and the challenges of government management. En **Ethics, Archaeology, Violence**, compilado por A. González-Ruibal. En prensa.

Sarlo, B. 2005. **Tiempo Pasado**. Siglo XXI, Buenos Aires.

Schofield, J. 2009. **Aftermath. Reading in the Archaeology of Recent Conflict**. Springer, New York.

Shackel, P. 2001. **Public memory and the search for power in American historical archaeology**. *American Anthropologist* 103 (3): 655-670.

Stewart, S. 1999. Prologue: From the museum of touch. En **Material Memories**, compilado por M. Kwint, Ch. Brewer y J. Aynsley, pp. 17-36. Berg, Oxford y New York.

Tapattá de Valdez, P. 2003. El parque de la memoria en Buenos Aires. En **Monumentos, Memoriales y Marcas Territoriales**, compilado por Jelin y V. Langland, pp. 97-112. Siglo XXI, Madrid.

Taylor, F. 2006. **The Berlin Wall: A World Divided 1961–1989**. Harper Perennial, London.

Tilley, C. 1989. Interpreting material culture. En **The Meaning of Things; Material Culture and Symbolic Expression**, edited by I. Hodder, pp. 185-98. Harpercollins Academic, Oxon.

Thomas, J. 2001. Archaeologies of place and landscape. En **Archaeological Theory Today**, compilado por I. Hodder, pp. 165-186. Polity Press, Cambridge.

Turner, H. 1987. **The Two Germanies since 1945: East and West**. Yale University Press, New Haven.

Williams, H. 2003. Introduction. The archaeology of death, memory and material culture. In **Archaeologies of Remembrance; Death and Memory in Past Societies**, edited by H. Williams, pp. 1-24. Kluwer Academic / Plenum Publishers, New York.

Williams, H. 2006. **Death and Memory in Early Medieval Britain**. Cambridge University Press, Cambridge.

Wolf, E. 1982. **Europa y la Gente sin Historia**. Fondo de Cultura Económica, México DF.

Yates, F. 2007. **A Arte da Memória**. Editora Unicamp, Campinas.

Zarankin, A. y C. Niro. 2006. La materialización del sadismo. Arqueología de la arquitectura de los centros clandestinos de detención de la dictadura militar argentina (1976-1983). En **Arqueología de la Represión y la Resistencia en América Latina, 1960-1980**, compilado por A. Zarankin y P. Funari, pp. 159-182. Brujas, Córdoba.

Zarankin, A. y M. Salerno 2012. "Todo está guardado en la memoria..."; Reflexiones sobre los espacios para la memoria de la dictadura en Buenos Aires (Argentina). En **Historias Desaparecidas: Memoria, Arqueología y Violencia Política**, compilado por A. Zarankin, M. Salerno y M.C. Perosino, pp. pp. 143-171. Brujas, Córdoba.